

»Dios antes que á nosotros: trátase únicamente de  
 »conocer su santa voluntad. Vete á visitar á tu pri-  
 »mo, y pídele su consejo. Ya sabes que es sabio, dis-  
 »creto y prudente; es además tan razonable, que no  
 »hay inconveniente en seguir su dictamen.» Obede-  
 ció el joven á sus padres, hizo su consulta á Juan  
 Maria, y éste le contestó sin vacilar: «Sigue donde  
 »estás, amigo mío: tus ancianos padres tienen nece-  
 »sidad de ti: socórrelos, asísteles, ciérrales los ojos;  
 »esa es tu vocación.»

En efecto, como sustitución de las cualidades bri-  
 llantes que el Cielo le había negado, se descubria ya  
 en el joven Vianney ese delicado buen sentido, ese  
 tacto exquisito y perfecto, que debían más tarde ca-  
 racterizar de un modo tan eminente al Sacerdote,  
 destinado á ganar el corazón de las multitudes, y á  
 atraerlas á sí.



## CAPITULO V

**El joven Vianney separado de sus estudios por la conscrip-  
 ción ó reclutamiento. — Su retiro en las montañas del  
 Forez.**

**L**os temores que habian podido nacer en el espí-  
 ritu del joven estudiante con motivo de la in-  
 suficiencia de sus talentos naturales, se ha-  
 bían disipado ya; pero en cambio, le esperaban ma-  
 yores pruebas.

Cuando Mr. Balley vió aproximarse para su edu-  
 cando la época de la quinta, no dudando de su perse-  
 verancia, se apresuró á ir á Lyon, á fin de hacerle  
 inscribir entre los aspirantes al sacerdocio; pues sa-  
 bido es que esa inscripción le eximía del servicio mi-  
 litar. Mas, por una disposición providencial, se olvidó  
 poner su nombre en los registros. Tres años pasaron  
 sin ninguna reclamación, lo que prueba la persuasión  
 en que se estaba de que aquella formalidad se había  
 cumplido. Sin embargo, cuando fué preciso presen-  
 tarle á los exámenes que preceden á la admisión en  
 Filosofía, se advirtió que su nombre no figuraba en  
 ninguna lista. El hecho de esta omisión, que al prin-  
 cipio era secreto, se fué revelando poco á poco, se hizo

del dominio público, llegó, por fin, al conocimiento de la Autoridad; y un día, cuando menos lo pensaban, y sin información previa, se le expidió pasaporte para Bayona.

Lo que hace aquí visible á todos la admirable Providencia que prevé y dirige los sucesos de la tierra al cumplimiento de sus adorables designios, es que la orden de partida se le dió al joven estudiante, no inmediatamente después de la quinta en aquel terrible año de 1806, cuando, teniendo Napoleón por cuarta vez á Europa entera coligada contra él, Francia estaba en pie de guerra y tenía necesidad de todos sus hijos, sino en la hora y cuando, señora de todos sus enemigos, se entregaba á la embriaguez de las fiestas en agasajo de un héroe que la traía de Viena la victoria y la paz.

Es, pues, indudable que el pasaporte dado á Juan María fué golpe terrible que hirió como un rayo á toda su familia; él solo estaba resignado, firme y animoso, no sintiendo más que el dolor y la aflicción de los suyos. Después de algunas tentativas por parte de Mr. Balley para conservar en su vocación al educando, se resolvió su padre á tomarle un sustituto por la suma enorme de tres mil francos; pero dos días después del arreglo de este negocio, el joven contratado se arrepintió, volvió á Dardilly, puso su dinero y su saco al umbral de la puerta de Mateo Vianney, y se marchó.

Los esfuerzos que hasta entonces había hecho Juan María para mostrarse superior á su dolor, le habían debilitado, y cayó enfermo. Viendo la Autoridad militar que no se presentó en el día señalado, mandó sus agentes; le propusieron llevarle al hospital de

Lyon, y fué preciso que toda la familia se resignase á la partida de éste, su Benjamín.

Entró en el hospital el día 28 de Octubre de 1809; después de quince días de descanso y de cuidado, se le creyó bastante fuerte para soportar las fatigas del viaje, y el 13 de Noviembre se le dió su pase para Roanne. No había recorrido aún la mitad del camino, y volvió á sentirse mal; de modo que, quebrantado por los golpes del carro en que iba tendido, transido de frío y demasiado débil para caminar á pie, le asaltó un nuevo acceso de fiebre, y hubo necesidad de llevarle al hospital de Roanne. En las seis semanas que pasó allí, fué con frecuencia visitado por sus parientes y algunos amigos de los dos pueblos.

Tantas y tan repetidas muestras de aprecio, y casi de veneración, excitaron desde luego el más vivo interés á las Hermanas Agustinas, encargadas del servicio del hospital. Con tal motivo, todos los días le dispensaban nuevas atenciones: ya le prestaban un buen libro, ya algún servicio particular; y cuidándole siempre como enfermo, reservaban para él los mejores alimentos y algunas copas de vino generoso. Con tan buena asistencia, recobró luego la salud, y fué inmediatamente llamado para formar parte de un destacamento que se destinaba á España.

Fijóse el día 6 de Enero para la salida de la columna, y él había ido por la mañana á una iglesia, con el fin de prepararse con la oración á los peligros que le rodeaban. Por permisión adorable de Dios, voló el tiempo rápidamente sin apercibirse, y dejó pasar la hora en que debiera presentarse en la oficina del Intendente á recoger su pasaporte. Cuando se presentó, se le negó desde luego, acompañando á la negativa

severos cargos y amenazas. El capitán encargado se irritó contra él, y quería hacerle conducir encadenado á Bayona, de brigada en brigada; pero se interpusieron generosamente algunos empleados, y no fueron desatendidos. «¿A qué viene ese rigor, decían, cuando el pobre mozo no ha soñado siquiera en desertar? Si hubiera tenido ese pensamiento, no se presentaría aquí él mismo.»

La razón pareció concluyente; se le expidió su pase y salió para Bayona, no meditando su fuga, pero con el presentimiento de que no se incorporaría á la columna. Caminaba nuestro Juan María con el rostro triste y el alma oprimida: sentía despertarse en él todas sus aspiraciones al sacerdocio, y al mismo tiempo todas sus repugnancias para otra carrera, y en particular para la de las armas.

¡Cuántas veces había él compadecido á los pobres jóvenes arrancados de sus hogares por la guerra, y que se alejaban de su familia para no volverla á ver! Desde que estaba en Roanne había visto algunos desertores conducidos por los gendarmes con la cadena al cuello, y le horrorizaba la idea de que pudiese tal vez hallarse en el mismo caso que aquellos desgraciados.

Para distraerse de tan sombríos pensamientos, tomó su rosario y recurrió á la Santísima Virgen, que era su refugio ordinario. En ese mismo instante se encontró con un desconocido misterioso, que aproximándose á él con amabilidad y dulzura, le preguntó con interés dónde iba, y por qué estaba triste. Juan María le contó su historia, y el desconocido le dijo que e siguiese, seguro de que en su compañía nada tenía

que temer; cogiéndole al mismo tiempo su saco, que era muy pesado y llevaba con gran fatiga por su estado de convaleciente. Dejaron en seguida la carretera para seguir, por medio de los campos, una senda. Juan María no se hizo rogar, acompañando á su guía misterioso; y, aunque no sabía adónde tenía intención de conducirle, estaba resignado á todo, menos, como él ha dicho, á caer en manos de los gendarmes.

Así caminaron largo tiempo, atravesando bosques y montañas, alejándose todo lo posible de las poblaciones y de los caminos frecuentados. Juan María estaba rendido de fatiga; pero su compañero le reanimaba con buenas y cariñosas palabras. Llegó la noche sin haberse detenido en ninguna parte, y por fin, á las diez próximamente, se detuvieron ante una casa aislada. Llamó el desconocido, le respondió una voz de dentro, y en seguida se presentaron un hombre y una mujer. Como era ya bastante tarde, se levantaron los dos para ver quién venía á pedirles hospitalidad á hora tan avanzada. El desconocido cambió algunas breves palabras en voz baja, y desapareció. Mr. Vianney no ha vuelto á ver al misterioso desconocido, ni ha oído hablar de él, y siempre ha ignorado quién era. Todos los que han tratado más de cerca al Párroco de Ars, y han oído de su propia boca los detalles todos de la historia de su huida á las Noës, confirman unánimes las circunstancias del misterioso desconocido, cuyo carácter maravilloso salta á la vista de todos.

Luego que desapareció el desconocido guía, las buenas gentes de aquella humilde casa atendieron con esmero al huésped que el Cielo les enviaba: diéronle de cenar, y, mientras cená y el marido le hace

compañía, la mujer pone dos sábanas á la única cama que tenía; y, á pesar de la resistencia que Juan María se creyó obligado á hacer, tuvo que aceptarla. Sus nuevos amigos fueron á dormir al henil: era un matrimonio joven, que vivía muy pobremente de su trabajo: el marido era almadreñero. Al día siguiente dijo á su huésped que era pobre y no podía cuidarle ni guardarle; que tampoco tenía obra para ocupar un obrero, por lo que iba á llevarle á otra casa donde estaría bien y con toda seguridad. Juan María accedió á todo, suplicando únicamente á su protector que no le entregase á la gendarmería.

La casa del humilde almadreñero estaba situada á alguna distancia de un pueblecito llamado las Noës: ese es el retiro adonde Juan María fué conducido, y la persona á quien fué presentado era precisamente el corregidor del pueblo. Recibió muy bien al joven Vianney, le aseguró que nada tenía que temer, y que iba á ocuparse en prepararle una posada ó retiro á cubierto de todo peligro.

Había en las Noës una buena madre de familia, viuda, con cuatro hijos, á quien todo el mundo amaba y respetaba en el pueblo. «He conocido muchos santos y santas, ha dicho después el Párroco de Ars, hablando de su bienhechora; pero el señor Balley y la señora Fayot son las dos almas más bellas que he conocido.» Tal vez haya entrado por mucho el reconocimiento en esa apreciación; mas sea de eso lo que quiera, la gratitud está en su lugar, y nada pierde por ella el elogio.

Creó el corregidor de las Noës que en ninguna parte estaría mejor y más seguro Juan María que en esa casa, bajo la custodia de su humilde y cariñoso

afecto, que era verdaderamente cristiano y maternal. En efecto, Claudina Fayot recibió al fugitivo como á un hijo. «Estad tranquilo, amigo mío, le dijo el corregidor al retirarse: respondemos de vuestra seguridad. Los gendarmes no vendrán á buscaros aquí. Cuando tengáis miedo de ellos, venid á mi casa: mi puerta siempre estará abierta para recibirlos.»

El buen corregidor, á pesar de todas las seguridades que daba, no estaba tan tranquilo como aparentaba: los gendarmes se presentaban en todas partes cuando menos se les esperaba, y más particularmente en las Noës, por su posición aislada en medio de las montañas; y porque, hallándose á la falda de un bosque, podía servir de asilo á los refractarios. Con el fin de eludir las pesquisas de los agentes de la fuerza pública, tuvo la idea de que ocultara el fugitivo su verdadero nombre de Juan María bajo el de *Jerónimo*.

Difícil es describir todas las atenciones que su madre adoptiva le dispensó mientras estuvo en la casa: sólo diremos que no le distinguió de sus propios hijos, sino en la mayor solicitud con que le prodigaba los afectos de su compasión y ternura. Habiendo notado que comía muy poco, temía que no pudiese dormir; y para tranquilizarse sobre este particular, se levantaba de noche á fin de convencerse por sí misma si dormía bien, ó tenía necesidad de algo.

El joven Vianney, por su parte, tenía vivísimos deseos de ser útil y pagar con buenos oficios de todo género la hospitalidad de la buena viuda, y la graciosa acogida que había recibido de toda su familia. Pensó, pues, en ofrecerse al corregidor para abrir un es-

cuela y consagrarse á la enseñanza de los niños; y el ofrecimiento fué aceptado, con mucho gusto y aplauso de todos. Comenzó á ocuparse durante el día en la instrucción con cariñoso afecto, con tanta paciencia y tan solícita perseverancia, que llegó á ganarse el aprecio y reconocimiento de todos. Por la noche se hacía la oración en común, por orden de la señora Fayot; y como antes de mandar á sus hijos á la cama quería que se presentasen á Jerónimo para darle las buenas noches y abrazarle, notó que retiraba su rostro por no recibir la caricia de su hija, niña de siete ú ocho años.

Aunque el joven Vianney sólo se confesaba cada quince días, comulgaba con frecuencia en la semana, siguiendo el consejo del señor cura de las Noës, bien conocido por la severidad de sus principios. Veíasele siempre modesto, recogido, tan ejemplar en su conducta, tan celoso en el cumplimiento de sus deberes, que todo el mundo estaba lleno de admiración. Venían las gentes de las parroquias vecinas para conocerle, tratarle, orar y cantar salmos con él. Comenzaba ya en Noës la peregrinación prodigiosa, reservada para Ars.

Cuando llegó el buen tiempo, su escuela fué quedando desierta poco á poco, y entonces se dedicó al trabajo de la tierra. «Toda ocupación, dice la señora Fayot hablando de Juan María, era buena para él, y sabía plegarse á todo.» En la época de la siega se multiplicó para poder servir á mayor número de personas; y tan excesivo fué su trabajo, que cayó enfermo de una fluxión de pecho que le hizo guardar cama casi dos meses.

Bien comprendió el pueblo de Noës que el joven

Jerónimo era un rico tesoro; le cobró grande amor, y temió perderle. Para ponerle al abrigo de las investigaciones y de algún golpe de mano de la policía, cuando se temía que llegasen á la población sus agentes, se ponían vigilantes en los puntos más altos, á fin de que, por medio de señales convenidas, avisasen la presencia de los gendarmes.

Un día que hacían éstos una pesquisa general, Juan María fué á ocultarse en un henil que estaba precisamente sobre una cuadra ó caballeriza. La atmósfera que allí respiraba era asfixiante, no sólo por la aglomeración de la hierba, sino por la proximidad del establo: tan intenso era el calor, que creyó ahogarse, porque su violenta situación duró largo tiempo. Decía el santo Párroco que jamás sufrió tanto; y precisamente en tan apurado trance prometió al buen Dios no quejarse jamás en todo cuanto le sucediese de adverso, si le sacaba con bien de aquel paso terrible. «Yo creo, añadía él con una sencillez encantadora, que he cumplido mi palabra, me parece.»

Mucho gozaba el Párroco de Ars en hablar de su mansión en el retiro de las Noës, y esto nada nos extraña. Es el recuerdo un perfume del alma, es la parte más suave y más delicada del corazón, que se desprende para abrazar, en una época ya lejana, á los seres que antes hemos tratado y amado; es una segunda vida en nuestra vida. Hasta en los últimos años de su vejez le recordaba fielmente su memoria la generosa hospitalidad de os buenos habitantes de la humilde aldea que en los días malos le había servido de asilo. Hubiera deseado con toda la efusión de su alma ser nombrado cura de las

Noës; y si el Ilmo. Sr. Obispo de Belley lo consintiera, de seguro hubiera terminado sus días en aquel retiro.

Es indudable que el reconocimiento es muy propio de los Santos, y el que conservó el bienaventurado Vianney por lo mucho que debía á la viuda Fayot, no se debilitó jamás. En el principio de su ministerio tenía la costumbre de escribirla todos los años, y su madre adoptiva le correspondía con cariño y afecto cristiano; cuando supo su promoción al sacerdocio, creyó morir de alegría. Habiendo sabido algunas semanas después que era vicario de Ecully, en seguida se puso en camino para visitarle. Llegó á la casa rectoral en ocasión que se celebraba una junta de eclesiásticos, á la que habían concurrido los Grandes Vicarios de la Diócesis; pero esta circunstancia no la detuvo: atravesó el grupo imponente sin acobardarse, fijó su mirada en Juan María, su hijo adoptivo, y como el amor es ciego y loco á la vez, se fué á él sin poderse contener, se echó á su cuello, y le abrazó varias veces.

Cuando el venerable Párroco de Ars contaba, en el seno de la amistad, las particularidades de aquella rara ocurrencia, reía á carcajadas los solemnes abrazos de la buena madre Fayot; pero preciso es confesar que el recuerdo de aquel suceso le sonrojaba bastante.

En todo cuanto hemos referido nada hay de nuestra invención; nada decimos que no sea un recuerdo de íntimas conversaciones con el venerable Párroco de Ars. Vianney no se avergonzaba de confesar públicamente que había desertado, y tenía placer en referir todas las peripecias de su fuga

y de su retiro en las montañas del Forez. Un día en que se le hablaba de su cruz de honor, hizo un movimiento muy significativo, diciendo: «No sé por qué me la ha dado el Emperador, á no ser porque fui desertor.»

Cuando se considera de cerca ese grave episodio de la vida de nuestro Santo, pudiera vislumbrarse en él alguna apariencia de culpabilidad. Pero la omisión involuntaria de una formalidad que, cumplida como debió haberlo sido, le eximía legalmente del servicio militar; la ausencia no intencional en el momento de salida de la columna; aquella sencillez con que se presentó en la oficina del reclutamiento; la intervención del joven desconocido, que fué para él otro Tobías, la connivencia del representante de la ley, el corregidor de las Noës... todas esas circunstancias extraordinarias no consienten admitir asomo de responsabilidad personal en la conducta de Vianney. Es, pues, evidente que desde el principio hasta el fin de esta historia ha habido para prepararlo, arreglarlo y guiarlo todo, un gran cómplice: ¿y quién ha sido ese cómplice? *La Providencia.*